

Ya XXV años sin J. V. Foix

Antología y traducción a cargo de Enrique Badosa

En Sarrià (Barcelona), el día 28 de enero de 1893, nació el que sería uno de los más importantes poetas en lengua catalana: J. V. Foix. Un escritor que por prudente modestia se autodenominó “investigador en poesía”. Sus “investigaciones” redundaron en obra capital que le sitúa entre los más conspicuos poetas de la Historia de la Lírica. El autor de poemarios como *Sol, i de dol* (*Solo, y doliente*), *Les irrealis omegues* (*Las irreales omegas*) y *Del “Diari 1918”* (*Del “Diario 1918”*), entre otros espléndidos libros en verso y en prosa, falleció el 29 de enero de 1987, a sus noventa y cuatro años. Vida larga en tiempo, en creatividad. Y en este 2012 se cumplen, pues, los cinco lustros de la ausencia de tan personal “investigador”.

J. V. Foix obtuvo muchas y grandes distinciones. En dos ocasiones se le ofreció la candidatura al Nobel, y en ambas las rechazó. Pero, “nobelado” o no, además de los galardones recibía el insuperable premio de la admirativa atención del lector. Desde hace años, poetas catalanes en lengua castellana venimos traduciendo a Foix, lo cual propicia el conocimiento del poeta lo mismo en toda España que en Hispanoamérica. Y tampoco faltan traducciones a diversas lenguas europeas.

Una vez más, *El Ciervo* colabora a la difusión de la obra foixiana, ahora con nueve poemas en versión mía.

Enrique Badosa, poeta de la llamada 'Generación del 50' y colaborador habitual de 'El Ciervo'.



FOTO ORIGINAL: HUMBERTO RIVAS

La originalidad y la intensidad poéticas de J. V. Foix se manifiestan enseguida con la mera ojeada a un libro suyo. Sean las prosas poéticas de sus primeros poemarios publicadas –*Gertrudis* y *KRTU*– o los sonetos de *Sol, i de dol*, sean los poemas en verso blanco de *Les irrealis omegues*, además de otras magníficas composiciones en distintos metros. Siempre la personalidad de un poeta que pulsa como nadie pulsó la lengua en que escribe. Un poeta no precisamente surrealista, como se ha pretendido, sino cuya visión de lo real se plasma en palabras que buscan revelar lo que permanece velado por la realidad inmediata. Véanse *Les irrealis omegues*, entre otros textos. Poeta que en *Sol, i de dol* mediante el decir más directo expone

su humanismo, su vivencia de cuanto sea cultura, preocupación metafísica, y también trascendencia en el más claro aspecto religioso.

Los sonetos de dicho conjunto y los que aparecen en otros libros, hacen de J. V. Foix el más rotundo sonetista de la literatura catalana. En ellos, aparece, en ocasiones, ese “más allá de lo real” que esplende en poemarios como los de su poesía en prosa. Todo un mundo onírico, de sueños diurnos..., en los que la metamorfosis remite a la vez a Ovidio y a Ramon Llull. Desborde de imaginación –no de fantasía, que tiende a disgregar!– cuya clave se halla en el decir luliano: “Cuanto más oscura es la semejanza, más altamente entiende el entendimiento que aquella semejanza entiende”.

A veces, J. V. Foix resulta de comprensión inmediata, y otras veces ante las “oscuras semejanzas...” requiere hábito de lectura de poesía. Pero siempre seduce con esplendor verbal que ni en sus poemas más directos ni en los crípticos deja de estimular por vía de belleza hacia contenidos de necesario conocimiento. J. V. Foix, a la vez diáfano y hermético. En todo momento, gran artista de la palabra. Poeta que como todos los grandes viene a dar “*un sens plus pur aux mots de la tribu*”, como decía Mallarmé. Lo da tanto por lo que atañe a la esencia de la lengua catalana como a lo propio del afán y de la inquietud por la aspiración al “Eterno Permanente”, dicho sea en palabras del mismo escritor. ▀

PISTAS DESIERTAS, AVENIDAS MUERTAS...

PISTAS desiertas, avenidas muertas,
sombras sin sombra en las calas y playas,
cenizas de ceniza en los virajes locos,
trofeos del amor en puertas y ventanas.

¿A qué lugar, oh mi locura, llevas
mi cuerpo que no teme tempestades,
y al que no maravillan los móviles parajes
ni tampoco el espectro de ciudades extintas?

No conozco recinto, en esta tierra oscura,
que acuerde el gesto y el diverso paso
a quien, en soledad, halla la vida hermosa.

¿No ha de haber cárcel ni cuartel tan duros,
no ha de haber galeón en la mar más adversa,
que me hagan más esclavo y ser más libre?

SOLO, Y DOLIENTE, Y CON TÚNICA VIEJA...

SOLO, y doliente, y con túnica vieja,
a menudo me veo en negras soledades,
en prados ignorados y en montes de pizarra
y en profundos abismos que, astutos, me detienen.

Y digo: ¿Dónde estoy? ¿Por qué tierras de antaño
—y por cuál cielo muerto— o praderíos mudos,
alocado te pierdes? ¿Hacia qué maravilla
de astro ignorado voy con mis pasos vencidos?

Solo, yo soy eterno. Ante mí, los paisajes
de mil años atrás. No me parece extraño
lo extraño: pues en ello me siento haber nacido.

Y en desierto sin agua o en un pico con nieve,
vuelvo a hallar el paraje que conozco. Y la trampa
de Dios para ganarme. O el engaño del diablo.

SABER NARRAR CON VIGOROSO VERBO...

SABER narrar con vigoroso verbo
el anhelo, el deseo y los placeres;
sin esfuerzo rimar bellas palabras
de corazones locos o amorosos.

—¡Dulce desfallecer!— Ceñir con brillos
seres de carne, olvidando los muertos
y su sombra real. De un bello torso
ver el todo vital y riguroso.

Saber sufrir sin languidez,
y amar sin esperar; y siendo muy del siglo,
temer enojos y ayudar al náufrago;

vivir pleno el instante sin negar el mañana,
de lo claro y lo oscuro seguir normas y reglas,
y entre sabios y orates razonar.

¿EN QUÉ ABISMO LOS DOS, EN QUÉ REPOSO...?

¿EN qué abismo los dos, en qué reposo
entre luces de sal, en vasta playa
nos conocimos en imagen falsa
y en los cielos innatos unimos cuerpo y llanto?

Y solo cada cual en un rincón perdido,
lejos la mente en un paraje insólito,
en el engaño unidos, entre tormenta y sangre,
en el valle del yermo cogimos falsas flores.

¿Eras tú en mí la fútil apariencia,
agua y abismo en pantano impreciso
o arroyuelo encendido entre los campos?

En medio del sopor del alto conocer,
contemplo Árbol y Fruto, Serpiente y Paraíso
en las calas secretas de tus ojos.

MANOS EN CRUZ, LA FRENTE CON CRUCES DE CENIZA...

MANOS en cruz, la frente con cruces de ceniza,
desciendo por la noche hacia la orilla estéril,
donde piedras y montes aparentan imágenes,
donde hay coros de voces, y quiero comprender.

En las calas escucho la mar y las tormentas,
y en antro de tinieblas que la mente protege,
me escucho a mí también. ¡Y en abismos salvajes
quiero, de un solo grito, hender la Noche, el Cielo!

Es todo tan confuso, Señor Dios. Y mi nombre,
que en alta voz repito, en una cala muerta,
hace de mí un extraño. Tantas voces no entiendo.

Y si voy por las cumbres encendiendo fogatas,
más oscuro está todo. ¡Señor: haz dura y áspera
la Única Voz, la Imagen y su Nombre!

TODOS NOS REUNIREMOS EN EL PUERTO CON LA DESCONOCIDA

A Gabriel Ferrater

A ciegas descendíamos la imposible escalera
cuando sales y sangres de la marea embrujan
el arenal. Decías —¡no lo decías todo!—
que aquella noche con temblor de espigas
y motores en marcha en pasajes misérrimos,
un clamor de cuchillos en desnuda garganta,
el grito de un papel escrito cuando
los amores se caen al abismo,
una mano agotándose entre ceniza y cisco,
o la puerta enrejada que lleva al patio nuevo.

¡No lo decías todo! Allí, todos, erguidos,
sabiendo y descendiendo en esperas inmóviles,
también ojos cerrados, cada cual en su sueño.
Si el uno era granjero en precipicios lácteos,

o escudriñaba el Nombre en libros consumidos
de epilépticos teólogos que restañan las fuentes,
el otro con los suyos, en fiebre de tinieblas,
agavillaban cepas de la lluvia
o atizaban el fuego de sus padecimientos,
débiles como amantes al despertar la aurora.

Buscábamos a ciegas la puerta de las chicas,
en las calles soñadas con silencios de gruta,
y fuimos recorriendo las cámaras nocturnas
como aquel que se esconde en un trigal espeso.
Mas no estaban allí, lo adivinábamos.
Su voz huyó cual pétalo sin sombra,
y, corazón alzado, no quisimos
almohadón de piedras. Las rejas de la puerta
de la escalera filtran claridades
que proyectan esferas y pinares de sol
sobre la cal caliente.

Todas las rejas tienen su armadujo,
y tememos ser presos por sus sombras.
Cada escalón nos alza a paredes proscritas
y con ojos lanosos vemos lo que se ofrece.
No hay caza para aquel que no amojona;
ni lo nuevo y ardiente, ¡lo adverso!, para quienes
viven enloquecidos el pasado.
No es liberto ni libre aquel que no se olvida,
o rumia sus recuerdos en fosos inundados.
No son unicolores los esquemas del atlas:
el griego tiene al turco, y el polaco al soviético.

No lo decías todo: ¡Si hubiésemos sabido!
Te habríamos mostrado espejos de hondonada
allende donde penan los viñedos exhaustos.
No reflejan a todo el que los mira,
sino sólo a un cortejo de maniqués rígidos,
enguatados, que llevan en la frente
un gusano con una larga antena,
y tiene el aspecto de quienes tal vez somos:
pródigos o avarientos, sirvientes o señores,
augurales o atávicos, fachendas de la historia.

—Muchos, murmura el eco, y la choza es de pobres.
En el atarceder, pudimos haber visto
sombrosos floreados de damas florentinas
que el sol se va llevando con gualdas de panoja
lilas arriba: y cómo se calma el corazón...
Y cuando el primer astro centellea
en la cima más alta, nos habrían llegado,
allá donde florecen los guijarros,
pasacalles del viento con rumor de tenora,
y el grito esperanzado de las formas cautivas.

Acerca de esta selección

El primer soneto que inicia el pliego se halla en *KRTU*,
en prosa poética. Los cinco siguientes, en *Sol, i de dol* (*Solo, y doliente*), en verso. A continuación, otras
tres magistrales composiciones de J. V. Foix: la primera
de ellas incluida en el poemario de *Altres poemes* (*Otros poemas*); las dos últimas de *On he deixat les claus* (*Dónde dejé las llaves*), todas estas traducciones contenidas en
Antología de J. V. Foix, El Bardo, 2001, de Enrique Badosa,
cuarta edición, bilingüe.

La mente capta en la ancha paz lo eterno,
y lo mínimo grana, y crece en la sonrisa.

Igual ser que morir: todo cambia y persiste;
todos nos reuniremos en el Puerto
con la Desconocida.

EL DIFÍCIL ENCUENTRO

TÚ eres y no eres, yo vivo de mi engaño,
soy y no soy y palpo inútil borra,
contemplo el florecer del retoño imposible
y el nombre que tú llevas sobre la vasta arena.

Por congostos perdidos y profundas garitas,
busco el faro de los absurdos lindes.

Como un gigante en tierras olvidadas,
pido luchar, conjuro a un contrincante,
y añoro, en fuentes muertas, las hadas y los pájaros,
o en las obras humanas mi encanto me fascina.

En un valle ventoso, entre fósil y nácar,
me multiplico en simulacros dóciles.

¿Quién, de los dos, es carnal? ¿Quién aviva
al otro y él no es? ¿Dónde, el Presente Eterno?
¡Oh llamas encendidas por toda la ribera!
¡Dulce incendio en la mente, en el espíritu!

En el rumor nocturno, por las playas,
la Nada adoro en múltiples imágenes.

Calella de Palafrugell, junio de 1939

ÉRAMOS TRES, ÉRAMOS DOS, ERA YO SOLO, ÉRAMOS NADIE...

A Rosa Leveroni

ÉRAMOS tres, ocultos, en oscuras vendimias,
con la mar en los ojos y hez de vino en las manos
cuando hay humo en la acequia, en la sal de las selvas,
y el llanto de los niños chispea en el collado.

Éramos dos, erguidos, en un cantil de estrellas,
el corazón sangrante, sin honda y sin saetas,
cuando se quema el yermo y sollozan las breas
en los charcos latentes del bancal de los faros.

Era yo solo, umbroso entre las sombras viejas,
solo y figurativo de otra sombra, en la orilla,
en donde se provee, entre redes abiertas,
el sueño comunal en febriles crepúsculos.

Éramos nadie, frondas de las tinieblas cuando
llueve el miedo en los pétalos de tantos aguazales
y el otro, el Puro, libre del timón y la vela,
zarpa, vidente, hacia el Instante claro.

Port Lligat, agosto de 1953